

PREFACIO

El cristianismo, la plenitud de las Buenas Nuevas acerca de Jesucristo, llegó muy temprano a la *Anglia* romana (Inglaterra) a través del testimonio de soldados, marineros, comerciantes y misioneros. La leyenda sostiene que el dador de tumbas bíblicas, José de Arimatea, fue uno de los primeros evangelistas dispersos.

La primera misión cristiana en las Islas Británicas fue un encuentro con tribus y sociedades paganas. Los conversos se unieron, y en este contexto surgieron comunidades de oración común, aprendizaje y servicio cristiano, que vivían bajo reglas acordadas. Así, los "monasterios" se convirtieron en centros de la evangelización de esta remota región del mundo romano, y más aún cuando el imperio se desintegró. Los primeros héroes y heroínas que lideraron esas comunidades llevaban nombres que aún se recuerdan y celebran, nombres como Patrick, Brigid, David, Columba, Cuthbert e Hilda. Al azar, y sin una jerarquía o autoridad centralizada, lo que surgió en Gran Bretaña, por la gracia de Dios, era una Iglesia que se veía a sí misma, en cada una de sus manifestaciones locales, como parte de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica: culturalmente sintonizada y misionalmente adaptativa, pero siempre comprometida y siempre propagando "la fe que fue entregada una vez por todas a los santos" (Judas 1:3).

La reforma se produjo en varias oleadas, basadas más en los sistemas romanos diocesanos y parroquiales. A fines del siglo VI, Agustín, un monje benedictino y primer arzobispo de Canterbury, fue enviado desde Roma por el Papa Gregorio el Grande con instrucciones que alentaban la preservación de las costumbres locales siempre y cuando no entraran en conflicto con la práctica universal. Dunstan, 25.º Arzobispo de Canterbury, gran reformador del culto común, y Anselmo, 36.º Arzobispo, teólogo de escolástica temprana, fueron algunos de los notables sucesores monásticos de esta misión romana mucho más jerárquica. La conexión más estrecha con el continente y la distancia de la era patristica también significó que a partir del siglo VII en adelante, la fe y el orden británicos eran cada vez más moldeados por los esfuerzos para crear un patriarcado occidental universal en Roma. La conquista Normanda del siglo XI también jugó un papel en la disminución de las peculiaridades distintivas de la *Ecclesia Anglicana*. La liturgia también se volvió cada vez más complicada y clericalizada.

En toda Europa, el siglo XVI estuvo marcado por la reforma de la tradición recibida. Tan grande fue este período de reevaluación, especialmente en lo que respecta a la primacía de las Sagradas Escrituras, que todavía nos es conocida toda la era como la Reforma.

El Arzobispo Tomás Cranmer, el 69.º Arzobispo de Canterbury, que fue martirizado en Oxford en 1556, dirigió la fase inglesa de esta reforma de la vida y el culto de la Iglesia. Sin duda, el logro más perdurable de Cranmer fue su reemplazo de los numerosos libros de liturgia latina con un *Libro de Oración Común* cuidadosamente compilado. Este era un Libro de Oración en la lengua vernácula, uno que mantenía brillantemente los patrones tradicionales de adoración, pero que buscaba purgarse del

culto todo lo que era "contrario a la Sagrada Escritura o al ordenamiento de la Iglesia Primitiva". El Libro de Oración Común, desde la primera edición de 1549, se convirtió en el sello distintivo de una forma cristiana de culto y creencia católica y reformada, continua pero siempre renovadora. De acuerdo con este patrón, las comunidades de oración –congregaciones y familias en lugar de los monasterios de los primeros siglos— serían los centros de formación y de servicio cristiano al mundo.

Por un siglo, la Iglesia de Inglaterra maduró y se amplió como una tradición separada de la Iglesia de Roma. Su vida pastoral, musical y ascética floreció: Jeremy Taylor, Lancelot Andrewes, Thomas Tallis, William Byrd y George Herbert, son solo algunos de los nombres asociados con este florecimiento. También comenzaron tres siglos de expansión colonial que exportaron el *Libro de Oración Común* a innumerables culturas y grupos de personas en todo el mundo.

La Guerra Civil Inglesa del siglo XVII llevó a la Iglesia de Inglaterra y su liturgia a la clandestinidad. Sin embargo, con la Restauración de la Monarquía, el *Libro de Oración Común*, autorizado por el Parlamento y la Iglesia en 1662, se convirtió en la condición *sine qua non* del anglicanismo. Los grandes renacimientos y el movimiento metodista del siglo XVIII, así como las adaptaciones necesarias para los primeros anglicanos independientes de la corona británica, desafiaron y reformaron el culto del Libro de Oraciones, como lo haría el gran Avivamiento de África Oriental, la renovación carismática y la disolución del Imperio en el siglo XX. De manera similar, los movimientos evangélicos anglo-católicos del siglo XIX afectaron profundamente la auto comprensión y el culto anglicano de diferentes maneras, a menudo aparentemente contradictorias; sin embargo, el *Libro de Oración Común* (1662) fue un constante durante todos los períodos de este

desarrollo. Por casi cinco siglos, la idea del Libro de Oración de Cranmer había perdurado para dar forma a lo que surgió como una Iglesia Anglicana global que es misional y adaptativa como en sus primeros siglos; autoritariamente Escritural y de credo, como en su mayor temporada de reforma; y, evangélica, católica y carismática en su apología y su culto como ahora se manifiesta globalmente.

El movimiento litúrgico del siglo XX y el acercamiento ecuménico de la segunda mitad de ese siglo tuvieron un impacto inmenso en la tradición del Libro de Oración. El *Libro de Oración Común* (1979) en los Estados Unidos y varios libros de oración que aparecieron en las provincias anglicanas desde América del Sur hasta Kenia, el Sudeste de Asia y Nueva Zelanda fueron a menudo más revolucionarios que evolutivos en carácter. Las oraciones eucarísticas en particular fueron influenciadas por el redescubrimiento de textos patrísticos desconocidos en la Reforma, y a menudo se parecían poco a lo que durante siglos había sido la norma Anglicana. La teología bautismal, especialmente en Norteamérica, se vio afectada por revisiones radicales al entendimiento cristiano recibido y estuvo peligrosamente cerca de proclamar un evangelio de afirmación individual en lugar de transformación y santificación personal.

Al comienzo del siglo 21, la reevaluación global del *Libro de Oración Común* de 1662 como "el estándar para la doctrina, disciplina y culto" que dan forma al presente volumen, que ahora se presenta sobre la base de sus predecesores. Entre los tesoros eternos que se ofrecen en este Libro de Oraciones para gente de habla inglesa se encuentra el Salterio Coverdale de 1535 (empleado con todos los Libros de Oración desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XX), renovado para su uso contemporáneo a través de esfuerzos que incluyeron el trabajo de los anglicanos del siglo XX, T.S. Eliot y C.S. Lewis, y llevados a su forma final en la versión presente en inglés. *El Libro de Oración Común* (2019) es indiscutiblemente fiel a la visión originaria de Cranmer que consta de una forma de oraciones y alabanzas que es completamente bíblica, católica a la manera de los primeros siglos, altamente participativa en la transmisión, peculiarmente Anglicana e Inglesa en sus raíces, culturalmente adaptativo y misional de una manera sumamente notable, absolutamente accesible al pueblo, y cuyas repeticiones están destinadas a formar catequéticamente a los fieles y darles voz doxológica.

El *Libro de Oración Común* (2019) es el producto de la nueva era de reforma y restauración que ha creado la Iglesia Anglicana en América del Norte. La Declaración de Jerusalén de 2008 se ubicó dentro de los límites históricos de lo que es auténticamente la fe cristiana y el patrimonio anglicano, y buscó restaurar su plenitud y belleza. El *Libro de Oración Común* (2019) se ofrece con el mismo fin.

+ Foley Beach

Arzobispo

*Iglesia Anglicana en América del Norte. En
nombre del Colegio de Obispos*

+ Robert Duncan

Arzobispo Emérito

*Iglesia Anglicana de América del Norte. En
nombre de todos los que dieron forma a este
Libro*

La fiesta de la Natividad de San Juan Bautista

ANNO DOMINI MMXIX